

Índice

Introducción	11
Capítulo 1. Una flor en el Parque Güell.....	21
Capítulo 2. Los paraguas de Gante.....	39
Capítulo 3. Escondida.....	51
Capítulo 4. Claroscuro.....	71
Capítulo 5. El bosque y las montañas.....	83
Capítulo 6. El carro, el mapa y la radio.....	105
Capítulo 7. Un colchón de caramelos.....	127
Epílogo	139
Bibliografía	147
Agradecimientos	151

Introducción

“Cuando éramos chicos íbamos al bosque a recoger arándanos, a segar los prados y recoger el heno. Mi padre lo cortaba con guadaña y nosotros ayudábamos a darlo vuelta para que se secase y a cargarlo en un carro en el que lo transportábamos al establo. El heno tenía un aroma exquisito, un aroma de infancia que ha permanecido en mi memoria, junto al sonido de las campanas de la iglesia del pueblo. Cuando regresé, después de cuarenta y siete años de ausencia, y escuché ese repiqueo, volví a ser un niño.” Estas son las palabras de Vinko, un esloveno que al finalizar la Segunda Guerra Mundial tenía 11 años. Entonces, como tantas otras familias de la región, la de Vinko huyó de los partisanos comunistas, pasó algo más de tres años en un campamento de refugiados en Austria, y a fines de 1948 emigró a la Argentina.

Manuel tenía 8 años cuando dejó atrás Galicia. Era 1958, y junto a sus hermanas y sus padres emigró de una España rural pobre y atrasada, respondiendo al llamado de la abuela que vivía en Buenos Aires desde 1930. Aunque han pasado más de cinco décadas Manuel todavía añora el sabor del pan blanco que la familia comía sólo en los días de fiesta. “Mi padre y yo recorríamos casi veinte kilómetros a pie por el camino que une las aldeas de Oroña y Cuiña para comprarlo. Cuando en 1980 volví a Galicia vi que la panadería todavía existía. Entonces caminé, como lo hacía de niño, y me compré aquel pan cuyo sabor extraordinario había guardado intacto entre los sentimientos del desarraigo que sufrí en la infancia.”

He aquí el testimonio de dos inmigrantes que recuerdan (en un registro muy parecido) su niñez en otra tierra. En un lugar cargado de símbolos, unas veces nítidos y otras borrosos, que articulan representaciones e identidades en las que la migración dejó su huella pertinaz.

En la Argentina la inmigración fue un mito fundacional, y se transformó en un rasgo cultural del imaginario colectivo que dio forma a la identidad de una nación que optó por vincularla de manera indisoluble con su edad de oro, con los tiempos en que la carrera hacia el progreso

parecía no tener límites. Aquel país de aspecto babélico en los años que cabalgaban entre los siglos XIX y XX dejó uno de los rasgos más preeminentes en la identidad de la sociedad argentina: la de ser el receptáculo de poblaciones en tránsito entre diferentes mundos, tránsitos que, la mayoría de las veces, se vuelven residencias permanentes.

Desde hace varias décadas, la indagación del fenómeno inmigratorio ha suscitado el interés de la historia y las ciencias sociales, lo que ha resultado en una abundante producción académica y de divulgación. Por ella, sabemos de la inmigración en sus rasgos generales, sus denominadores comunes, sus contextos. Los flujos y reflujos migratorios. Las razones que impulsaban a abandonar Europa con rumbo a la Argentina. El peso de las redes sociales y de las estrategias familiares que explican por qué una aldea quedaba casi vacía tras ser presa de la fiebre migratoria mientras en el pueblo vecino la respuesta a la misma situación económica y social era la permanencia. Merced a esta literatura tenemos noticias de cómo millones de inmigrantes se adaptaron a vivir en la nueva sociedad, configurando representaciones en las que el presente incluía el pasado, la identidad adoptaba un matiz transnacional, y el hogar era recreado de manera concreta y a la vez figurativa.

Conocemos menos de las experiencias individuales porque todavía se ha interpelado poco al mundo íntimo, aunque la trama colorida de las historias de vida ha despertado el interés de los estudiosos en los últimos años. Así, al enfoque panorámico se ha ido sumando la aproximación micro-analítica que contribuye con nuevos saberes no sólo aportando datos más numerosos y finos, sino dando lugar a configuraciones más complejas que, a partir de la multiplicidad de destinos particulares, habilitan nuevas lecturas (en general, más esclarecedoras) del conjunto.

Esta investigación exhaustiva sobre la historia de las migraciones se ha concentrado sistemáticamente en los adultos. Sin embargo, sabemos que entre los hombres y mujeres que llegaron a nuestro país desde los años de la “Argentina aluvial” hasta nuestros días había miles de niños.¹ Esos actores (los niños) todavía permanecen ocultos en la trama de la historia. Por eso quizá ya sea hora de enfocarlos y de preguntarnos qué significado tuvo en sus vidas el haber sido sumados de manera inconsulta al proyecto de sus padres.

¿Cuáles son las razones por las que en un campo del saber tan explorado se ha soslayado a la infancia? Más allá de las estadísticas que nos permiten conocer los rasgos estructurales del fenómeno (cuántos ingresaron, en qué períodos, cuál era su promedio de edad, de qué regiones provenían, en compañía de quienes llegaban al país), es difícil acceder a la experiencia de la migración infantil. En muy contadas ocasiones los niños han dejado rastros que permitan reconstruir sus itinerarios y alcanzar sus experiencias para así intentar dar respuesta a preguntas tan sencillas como: ¿qué significó para ellos abandonar sus pequeños mundos, sus tramas cotidianas y sus afectos?, ¿cómo vivieron la adaptación a la nueva sociedad?, ¿cómo se integraron a la escuela o se hicieron de nuevos amigos?

A menudo, las fotografías de los tiempos de la inmigración tienen a niños como protagonistas. Sin embargo, más allá de los contornos de esas imágenes, en general sólo sabemos de sus vidas a través de las narraciones de los adultos. Un ejemplo son las cartas familiares que han sido una fuente extensamente utilizada en los estudios migratorios. Con frecuencia, en esos epistolarios los padres hablan de sus hijos contándoles sobre ellos a los familiares (en general a los abuelos) que permanecieron del otro lado del mar.

En otras oportunidades, los documentos oficiales sobre la educación y la experiencia escolar en la Argentina cosmopolita de fines del siglo XIX y principios del XX, hacen referencia a los niños extranjeros y a los hijos de inmigrantes que, aunque nacidos en la Argentina, seguían afeccionados a idiomas y representaciones del Viejo Mundo cuando la elite local se esforzaba por controlar los efectos disolventes de una realidad diversa integrando a los escolares a las tramas de significado locales.

Estas son algunas de las pocas fuentes de información en las que es posible establecer la relación analítica entre inmigración e infancia. De cualquier manera se trata de un acceso sesgado que, además, revela poco de la experiencia de los niños puesto que en los epistolarios los narradores son los padres, mientras que en los documentos escolares hablan funcionarios, inspectores y maestros.

¿Acaso es posible encontrar un camino más directo en pos de crear el significado que tuvo la inmigración para los niños? Esto pretende hacer este libro, sobre la base de la reconstrucción de trayectorias personales. Los inmigrantes que protagonizaron cada uno de los capí-

tulos compartieron su experiencia en entrevistas en las que actualizaron y dieron forma a su pasado, volviendo a la infancia por la vía de la evocación. Por ello, la memoria también ocupará un lugar central en el trabajo.

Sin dudas, podría argüirse que recurrir a la historia oral también peca de oblicuidad pues, aunque el relato surge de la voz de los protagonistas, no se trata sino de la memoria y las representaciones de la niñez. Pero lo cierto es que los relatos de vida permiten recuperar los grandes trazos –y sobre todo los detalles más significativos– de la migración en la niñez.

Asimismo, estos relatos son herramientas de investigación útiles para comprender la relación entre los narradores y las sociedades en las que vivieron y viven, puesto que las historias que la gente cuenta nunca son exclusivamente individuales. Las narraciones personales no sólo revelan las motivaciones, las emociones y los imaginarios de quienes las relatan sino también el contexto en el cual los narradores configuraron su experiencia. De ese modo, las historias de vida están entramadas en estructuras, relaciones sociales y fuerzas colectivas que sobrepasan la dimensión individual.

El libro cuenta la historia de un puñado de hombres y mujeres que en la niñez y en la adolescencia temprana vivieron en diferentes regiones de Europa durante los tiempos de la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, la posguerra y el franquismo. Y que, en la mayoría de los casos, llegaron a la Argentina hacia finales de la década de 1940. (Estos límites temporales fueron impuestos por el tipo de fuentes en las que se basó la investigación.)

Las personas que presento a continuación son los protagonistas y también los coautores de este libro, que es fruto de un intenso trabajo etnográfico y de un proceso de diálogo que supera la instancia de las entrevistas. Las historias que ellos me contaron son el resultado de una síntesis de saberes (los propios y los de los entrevistados), que fue tomando forma a partir de numerosos encuentros personales, conversaciones telefónicas, intercambio de correos electrónicos y la discusión de los borradores de los capítulos con cada uno de sus protagonistas. En este sentido, más que las preocupaciones por la objetividad, la identificación, la confianza y la respuesta afectiva cumplieron un papel crucial cuando fue preciso cruzar los sensibles contornos de sus universos personales.

La historia que inaugura el libro es la de Juan Flores, un niño de la Guerra Civil Española que a los 5 años de edad huyó con su madre y su hermano a Francia cuando Barcelona cayó en poder de los franquistas. Les siguen Frida e Hilda, dos hermanas que vivían una infancia plácida en Gante hasta que Bélgica fue invadida por los alemanes. A pocos kilómetros de su ciudad, en Bruselas, Rosette y sus padres encontraron un endeble refugio tras una identidad falsa que ocultaba su condición de judíos. Vinko y Franci, dos eslovenos que se conocieron en un campo de refugiados en Austria, dan inicio a una serie de historias de los tiempos de la Segunda guerra y de la posguerra. Algis es el hijo de una familia de campesinos lituanos que escaparon de su país cuando el Ejército Rojo se impuso a los ocupantes alemanes marcando el inicio de una nueva etapa de dominio ruso en Lituania. Tras el recorrido por las historias de infancia en los años que van entre la Guerra Civil y 1945, el capítulo final regresa a España para contar la experiencia de Manuel, Lola y Magdalena Tomé, tres hermanos gallegos que pasaron una parte de su niñez durante el franquismo y que llegaron a la Argentina en 1958, cuando el ciclo de la inmigración europea estaba tocando su fin.

Si la delimitación del período que estudio estuvo condicionada por la posibilidad de utilizar el recurso de las entrevistas, la selección de los casos osciló entre la causalidad y el azar. En gran medida, dependió de la disposición de quienes habían emigrado en la infancia para compartir sus historias y acceder a ser parte de un trabajo etnográfico. A una búsqueda en asociaciones de inmigrantes, radios y periódicos, se sumaron las recomendaciones de colegas y estudiantes que conocían personas cuyas experiencias se adecuaban a mi proyecto. Cuando el primer encuentro tenía lugar, había quienes se mostraban abiertos y dispuestos a compartir incluso sus recuerdos más desgarradores. Por lo contrario, otras personas reaccionaban con parquedad y terminaban confesándose incapaces de narrar su experiencia.

Entre la elocuencia de unos y el silencio de otros se fueron deslindando las posibilidades. En este sentido, podría decir que este es mi libro posible. Pero si de los casos a veces se ocupó el azar, de la forma he sido la única responsable. ¿Por qué dos de las historias tienen a Bélgica como escenario? ¿Por qué el libro empieza y culmina con niños españoles? ¿Por qué los otros casos europeos provienen de regiones poco representativas de los flujos que llegaron a la Argentina después de 1945?

Frida, Hilda y Rosette vivieron vidas paralelas en el mismo país durante la ocupación alemana, las primeras eran belgas y la última había nacido en París y era judía. Así, la decisión de dedicar dos capítulos al mismo país (Bélgica) tiene como objetivo exponer dos situaciones contrastantes.

Juan vivió el franquismo lejos de Barcelona, y cuando emigró a la Argentina Manuel y sus hermanas todavía no habían nacido. Las marcas indelebles de la Guerra Civil y su proyección en la vida cotidiana durante el franquismo quedaban entonces fuera de la historia de Juan, pero era posible recuperarlas en los recuerdos de Manuel, Lola y Magdalena.

Durante la guerra y la posguerra, Eslovenia y Lituania fueron arenas en las que se dirimían combates ideológicos que involucraban (en cada una de las regiones a su manera) las cambiantes alianzas entre Alemania y la URSS, y el avance del comunismo soviético que, después de 1945, se erguía victorioso uniendo su potencia militar a la ideología revolucionaria. Durante la ocupación alemana a Lituania y Eslovenia el comunismo animó rechazos y adhesiones. Pero cuando el Ejército Rojo “liberó” para ocupar (o, en el caso lituano, para volver a ocupar) ya no quedó espacio para quienes no comulgaban con la revolución del proletariado. Esa tensión ideológica se tradujo en persecución. Entonces, la huida y el exilio marcaron a las familias de Vinko, Franci y Algis. Sus historias nos hablan de la memoria recuperando los acontecimientos del pasado no como sucesos transcurridos sino como procesos que se proyectan hacia el presente. Además son especialmente atractivas para indagar el papel de las subjetividades y de los mecanismos a través de los cuales los individuos expresan su sentido en (y de) la historia.

Para atender a la subjetividad y para indagar en el sentido en (y de) la historia de los entrevistados, me serví de una vasta producción historiográfica que habla de los países de las cuales son originarios. Más atentas a los hechos duros y a la minuciosa fidelidad que a las miradas en pequeña escala y las subjetividades encarnadas en la historia oral, esas obras fueron esenciales para tener una visión panorámica de los contextos en los cuales transcurrió parte de la infancia de los protagonistas del libro. A partir de esos saberes fue posible comprender las representaciones y las ilusiones referenciales que dieron forma a sus na-

raciones (teniendo siempre presente, claro está, que en esas obras no hay objetividad absoluta y que las mismas también son representaciones de sus autores y de los autores de las fuentes escritas en las que se basan).

Las narraciones con las que trabajo no constituyen historias de vida completas sino que se centran en la infancia, evocan el pasado de manera desordenada y fragmentaria, y carecen de continuidad. A partir de esa fuente oral (construida a veces con una voz y otras con dos o tres voces)², mi trabajo se concentró en la reelaboración de las historias en dos planos. En primer término, pasándolas del registro oral al escrito, y en segundo, confiriéndoles una continuidad (una temporalidad) y una coherencia que me permita contar las vidas de los niños inmigrantes como si cada una fuese un cuento, una *story*.

Esa ha sido la dimensión más laboriosa. Aquí apelé a la bibliografía de la que hablaba más arriba, a partir de cuya lectura recreé aristas del ambiente que no emergían de los relatos de mis entrevistados. Además, intenté dilucidar las conexiones entre los destinos individuales y los contextos en los cuales transcurrieron.

La traducción de los relatos orales a su forma escrita utilizó a la experiencia como materia prima. En los años 1930, Walter Benjamin hablaba de la crisis, la desaparición y la pobreza de la experiencia. Según su perspectiva desconsolada, la modernidad capitalista había degradado la experiencia y el hombre moderno, víctima del sinsentido y la banalidad, se había vuelto incapaz de narrarla. Entre otras circunstancias, la Primera Guerra Mundial aparecía como el hito histórico más concluyente sobre la pérdida de la experiencia y de la capacidad narrativa. Los soldados regresaban mudos del frente, sin experiencias para narrar. La atrocidad inédita de lo vivido, empobreció las experiencias comunicables de los hombres de aquella generación.

La mayor parte de los niños de cuyas historias habla este libro también vivieron la guerra. La que desangró a España entre 1936 y 1939 y la Segunda Guerra Mundial. Quizá porque las atravesaron durante la infancia, porque no estuvieron en contacto directo con la muerte, porque sus padres no fueron al frente de batalla, ellos se mostraron dispuestos a transmitir la experiencia³. Es posible que se trate de excepciones (no olvidemos que hubo personas que tras el primer contacto me expresaban su elección de guardar silencio), pero lo cierto es que los

protagonista de cada historia le dieron mucho valor al relato de lo que les ocurrió y, algunos de ellos, hicieron un notable esfuerzo por despertar los recuerdos para crear memorias narrativas densas.

Sin duda, el lenguaje fue el principal obstáculo a la hora de traducir lo que me contaron. Los protagonistas solían ser parcos cuando intentaban dar cuenta de situaciones extremas como el miedo, por ejemplo. A su vez, mis palabras, esquivas y exiguas, no alcanzaban a capturar en toda su densidad los relatos escuchados poniendo al descubierto los límites de una especie de hermenéutica de la empatía.

Sin perder de vista los límites, intenté que las historias conservasen el sentido que los narradores les imprimían cuando convocaban a los dones de la memoria (sabiendo que existe un plano que es inaccesible e intraducible)⁴. Pero, a la vez, busqué darles mi propio sentido. Para transformar los recuerdos infantiles en *stories* fue necesario ordenar la trama en una temporalidad que eludiese las idas y vueltas y las incoherencias y elipsis de la narración oral. Y para lograr unidad narrativa, tuve que apelar a la imaginación histórica. Sin que ese acto imaginativo significase alejarme de los testimonios de los protagonistas ni renunciar a un tratamiento riguroso de los mismos, uní las historias a sus contextos y le conferí linealidad al relato de modo que cada capítulo configure una unidad que pueda ser leída como *story*.

Así, cada una de las historias ha sido reelaborada para darle una ordenación descriptiva antes que analítica. Por esa razón he minimizado mis intervenciones para relatar en un registro diferente lo que los informantes me contaron cuando retomaron las huellas que su ser-pasado había dejando en la memoria. En igual sentido, he escatimado las citas eruditas y las referencias conceptuales y teóricas de las que me serví para contar estas pequeñas historias construidas a partir de las ilusiones referenciales de sus protagonistas y de mis propias representaciones como historiadora.⁵ Esta introducción, el cuarto capítulo y el epílogo son los espacios que he acotado para intervenir con más libertad a partir de las historias surgidas de la memoria narrativa de unas personas que recuerdan su infancia en tiempos de guerra, pobreza y dictadura.

NOTAS

- ¹ Aunque las cifras son aproximadas, porque no disponemos de información uniforme, a partir de la base de datos del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos fue posible estimar el porcentaje de menores de 15 años que ingresaron al país entre los años de la inmigración aluvial y la segunda posguerra. Entre 1882 y 1905 los menores representaron el 19%; entre 1906 y 1930, el 15%, y entre 1931 y la segunda posguerra el 16% de las entradas legales al país. No obstante, es preciso tener en cuenta que cuando finalizó la Segunda guerra las cifras de ingresos anuales legales no dicen mucho respecto de las entradas reales. Esto se debe a la cantidad de clandestinos (individuos no detectados) que entraron a la Argentina en esos años.
- ² Cuando se trata de amigos como Vinko y Franci, o hermanos como Hilda y Frida, o Manuel, Lola y Magdalena, realizamos entrevistas por separado y también conjuntas.
- ³ El propósito del libro no es avanzar en la reflexión sobre las ideas de Benjamin ni sobre las perspectivas de autores contemporáneos que, como Giorgio Agamben por ejemplo, sostienen que un discurso sobre la experiencia no es posible porque el hombre padece la incapacidad de tenerla y transmitirla.
- ⁴ Entiendo que el sentido más profundo o lo que Clifford Geertz denomina “interpretaciones de primer orden” corresponden sólo a los protagonistas del libro puesto que se trata de *sus* propias vidas y, a quien las aborda le caben interpretaciones de segundo o tercer orden.
- ⁵ Las obras utilizadas aparecen en la bibliografía.

Una flor en el Parque Güell

“Algo extraño estaba por suceder. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban para la derecha, viraban cara a la izquierda. Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca viera sentado en un banco a Cordeiro. Miró cara para arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros era que venía una tormenta.

Sentí el estruendo de una moto solitaria. Era un guarda con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró cara a los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: ‘¡Arriba España!’ Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de estallidos.”

En la Coruña, los militares habían declarado el estado de guerra y disparaban contra el gobierno civil. No tardaron en llegar las tropas al ayuntamiento del pueblo de Moncho, el niño que protagoniza el cuento “La lengua de las mariposas”.

“Hablar era peligroso, ir a la misa conveniente.”

Mientras lo engalanaba con ropa de fiesta, su madre insistía en voz grave:

“Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy importante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro.

Sí que lo regaló.

No, Moncho. No lo regaló. ¿Entendiste bien? ¡No lo regaló!”

“La Alameda estaba repleta de gente. Entre los muchos que iban vestidos de domingo se mezclaban los que habían bajado de la aldea, las mujeres enlutadas, los paisanos viejos de chaleco y sombrero, y los niños con aire asustado. Dos filas de soldados abrían un corredor desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque en-

toldado como los que se usaban para transportar el ganado a la feria grande. Pero en la alameda no había el alboroto de las ferias sino un silencio grave de Semana Santa. La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento.

Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío con la mirada. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardas, salieron los detenidos, iban atados de manos y pies, en silente cordada. De algunos no sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, el de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, Charli, el vocalista de la orquesta Sol y Vida, el cantero a quien llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al cabo de la cordada, jorobado y feo como un sapo, el maestro.

Poco a poco, de la multitud fue saliendo un ruge-ruge que acabó imitando aquellos apodos. ‘¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!’

‘¡Grítales tu también, Monchiño, grítales tu también!’

Cuando los camiones arrancaron cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrían detrás lanzando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: ‘¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris!’¹

Desde la inocencia, la furibunda perplejidad de Moncho revela a la crueldad de la sociedad española desde los albores mismos de la guerra civil. Lejos de Galicia, en Barcelona, por entonces un bastión republicano, otro niño, Juan Flórez, empezaba un camino de pérdidas y peregrinajes. Su padre, Gaspar, era el tesorero del gremio de los tranvías barceloneses. Había caído preso varias veces, pero la toma franquista de la ciudad lo encontró fuera de la cárcel. Entonces, junto a Verde, un compañero de militancia, Gaspar se fugó a Francia. Ese cruce clandestino de la frontera sería su último paso en suelo español. Nunca más volvería a su patria, en la que había dejado a Gregoria, su mujer, y a sus dos hijos, Enrique y Juan.

Pocos meses después de aquella huida, la vida en España ya no era posible para los Flórez, quienes, como tantos otros compatriotas, emprendieron el camino hacia una libertad esquiva, al otro lado de los Pirineos. Juan tenía 5 años y su recuerdo más potente es el de un pe-

queño perro de peluche que llevaba consigo, quizá como prenda muda de un candor que quedaría atrás para siempre.

“Tengo poca memoria de aquel mes y medio de caminata con rumbo a la frontera de Francia. El recuerdo más nítido es también el más triste, y ni siquiera estoy seguro de que formara parte de la realidad, sino más bien debo haberlo construido a partir de una foto y de lo que mi madre me contó. Resulta que, en enero de 1939, nos deteníamos durante el día y caminábamos toda la noche. De esa manera evitábamos a los aviones italianos, empeñados en bombardear el camino. En ese tramo agotador caí enfermo; tuve tanta, tanta fiebre, que mi madre y mi hermano creyeron que me moría. Al cabo, mejoré, y tuvimos que salir a las apuradas para recuperar las jornadas de caminata que habíamos perdido. Ahí fue que extravié a mi perro de peluche. Lo había llevado abrazado durante todo el trayecto... Pero me lo olvidé.

(...)

Creo que quedó entre la nieve. Cuando me di cuenta ya era tarde. Entonces, rompí en un llanto desconsolado.”

Aunque su memoria de esos días es frágil, aquel episodio dejó una marca indeleble en las emociones de Juan. Eco débil del desconsuelo de entonces son las lágrimas que anegan sus ojos cuando, setenta años después, evoca la época de su niñez y de la guerra.

El cruce de la frontera era el prólogo de un largo derrotero. Ajenos al destino de su padre, ignorando si vivía o había muerto, un tren los condujo al pequeño poblado de Trélazé, en Maine et Loire. Durante meses, el interior cavernoso de una antigua fábrica de fósforos se transformó en el albergue de Juan, su hermano y su madre. Allí debieron compartir con otros quinientos españoles las penosas condiciones que fueron el costo de haber salvado sus vidas del férreo brazo del franquismo. Hambreados en la larga marcha hacia esa libertad mezquina, Juan recuerda los sabores del campo de refugiados. Una paradójica abundancia de barriles de sidra, leche, papas y harina, colmaba los estómagos de esas almas sumidas en un paréntesis entre el pasado y el futuro.

Pocos días antes de la Navidad de 1938 se iniciaba la ofensiva de Cataluña tras la retirada republicana en la batalla del Ebro. La caída se precipitaba, y el 26 de enero de 1939 Barcelona fue tomada por las fuerzas franquistas. Miles y miles de barceloneses habían escapado antes. Quizá por esa razón, el ejército nacional se extendió por la ciudad casi

sin encontrar resistencia. Pero la guerra todavía no había terminado, ni para los que ya habían cruzado la frontera ni para los caminantes que, como Gregoria y sus hijos, se marchaban de la nueva España rendida a un destino ignoto. A poco más de un año de la huida las tropas alemanas invadieron Francia, y otra vez la guerra fue el escenario cotidiano de los republicanos exiliados. La saga del sangriento combate que Franco dio por terminado el 1 de abril de 1939 iba a dirimirse en el amplio campo de batalla europeo, en el que la lucha contra el nazismo y el fascismo albergaba la promesa de revertir la victoria franquista.

Encerrados, sin documentos, hacinados en la penumbra de un galpón, durmiendo en camas de paja improvisadas sobre un suelo frío y sucio, la peste no tardó en asolarlos. Una epidemia de sarna, el traslado masivo a un hospital cercano y el color amarillo de una pasta curativa tiñe el recuerdo que Juan conserva de esos días.

“Una interminable hilera de camas con mujeres, hombres y niños embadurnados con un remedio amarillento que dejaba al descubierto sólo la nariz y los ojos... Pasamos un buen tiempo internados y, después, de nuevo a las barrancas... De ahí no podíamos salir. Sólo Enrique, que aunque tenía 15 años era corpulento y aparentaba más edad conseguía cada tanto un trabajo en la vendimia o como ayudante de cocina... Pero mi madre y yo no teníamos libertad de movernos.”

Por esos días, Gregoria no sabía qué había sido de su marido. Como se enteraron al poco tiempo, después de su llegada a Francia Gaspar pasó por cinco campos de refugiados. Puesto que la guerra desplazaba la mano de obra laboral hacia el frente de batalla, los extranjeros eran buscados por los franceses como trabajadores. Hasta el invierno de 1940 Gaspar trabajó en una destilería azucarera. Fue entonces cuando consiguió un empleo como jornalero agrícola en una finca en el pueblo de Tancrou, en Seine-et-Marne, donde se reencontraría con su familia.

Juan no puede recordar cómo fue que su padre supo que ellos estaban en Trelazé. Una carta escrita por Gaspar y recuperada hace unos años de un archivo francés le devolvió una pieza perdida del rompecabezas de su infancia.

El 14 de febrero de 1940 Gaspar apelaba al prefecto de Maine-et-Loire para pedirle que autorizara la salida de su mujer y sus hijos del campo de refugiados, de modo que pudieran reunirse con él en la finca. Allí, su nuevo patrón le daría una casa donde alojar a la familia, un

salario y comida. Las autoridades francesas, interesadas en desalojar los campos de mujeres, niños y ancianos, permitieron que Gregoria, Enrique y Juan se reuniesen con Gaspar. Llenos de ansiedad, el viaje en tren hacia la estación de Melun, en el departamento de Seine-et-Marne, fue el preludeo que transformó la pérdida en reencuentro.

Juan tenía 6 años. Tancrou, un poblado de cien habitantes, vio modificada su homogeneidad con la llegada de refugiados e indocumentados de varias procedencias. La escuela era una pequeña muestra de los cambios que la guerra había traído a Francia. Los niños franceses de la comarca y las hermanas belgas, hijas de un acomodado propietario rural de la zona, estudiaban y jugaban con dos hermanos aragoneses (que, como Juan, habían salido de la España franquista), con unas niñas argentinas y unos niños polacos.

Pocos meses después del reencuentro de Juan con su padre, los alemanes invadieron Francia. En ese complejo escenario en el que la cautela y la amenaza dominaban la vida de los adultos, los niños, impulsados por su osadía inocente, jugaban a la guerra dentro de la guerra. Cuando el estruendo y el humo negro anunciaban la caída de un avión en las cercanías, Juan y sus amigos transformaban la calamidad en diversión: “Todos salíamos corriendo a robar lo que se podía: a las balas grandes les sacábamos la parte de acero, y en una bolsa vaciábamos la pólvora. Después hacíamos volar latas”.

“Un día nos habíamos juntado un grupo de muchachitos de la escuela y andábamos con una de esas bolsas de pólvora encima cuando vimos que a lo lejos venía un convoy alemán. Cruzamos la ruta con pólvora y esperamos, y cuando los alemanes estaban cerca prendimos fuego. Se armó un gran desbande, con gritos y muchos tiros. Escondidos, nos reíamos pensando que seguramente los alemanes ni soñaban que nosotros habíamos armado semejante alboroto. Nos internamos en un campo de trigo y nos mantuvimos largo rato sin movernos, casi sin respirar...”

De los rumores que corrían entre los adultos, los niños habían aprendido a defenderse del peligro.

Durante la ocupación, numerosos refugiados españoles antifranquistas participaron de la resistencia y colaboraron en la lucha contra el Eje en suelo francés. En el potente anhelo que movilizaba aquel combate, la liberación de Francia era el paso previo para liberar a España del yugo de Franco, y así poder desandar el camino al hogar.

A pesar de la desvelada vigilancia del ocupante nazi o del régimen de Vichy, y de la cautela y el recato en los gestos y las palabras de quienes se les resistían, las actitudes de los mayores se filtraban en los niños. Ya sea porque eran hijos de familias involucradas de manera activa en la resistencia, o porque percibían en sus hogares el rechazo de sus mayores a los alemanes, la repulsa a la ocupación se colaba en sus vidas y se manifestaba en los juegos. En medio de la guerra, Juan y sus amigos también jugaban a la resistencia.

Los domingos, Gaspar oficiaba de peluquero. Como los alemanes habían prohibido congregarse, la peluquería era una excusa para hacerlo.

“Mi papá estaba muy involucrado con la causa antifranquista, él sacrificaba la familia por la ideología.”

Los españoles de la zona acudían, con la excusa de cortarse el pelo, para hablar de política, leer la prensa clandestina y programar la resistencia al régimen que los mantenía lejos de su patria. Juan jugaba en la improvisada peluquería mientras los mayores, ajenos a su presencia, se dedicaban a la discusión de sus viejos ideales, resistidas derrotas y triunfos utópicos.

A veces, en aquella guerra, los derrotados iban vestidos con el traje de los vencedores. Los republicanos que habían visto su futuro aniquilado y estaban prisioneros de una precaria libertad no eran los únicos perdedores. Como uno de aquellos hombres grises que protagonizan el libro de Christopher Browning, un domingo llegó a la peluquería un comandante alemán, escoltado por dos soldados que “permanecieron dueros custodiando la puerta”. Juan recuerda que aquel día, como tantos otros, entraba y salía en plena libertad del mundo de los adultos: “Fue la primera vez que vi llorar a un hombre. Recuerdo que mi padre y el alemán hablaron y hablaron, seguro que conversaban de política. Inesperadamente, el hombre explotó en un llanto desconsolado. Yo estaba jugando, no entendía qué era lo que ocurría. Luego mi padre nos contó que en la guerra habían muerto la esposa y dos hijos del comandante. Aquel hombre soltó todo lo que lo ahogaba diciendo que no estaba de acuerdo con la política nazi”.

Cuando la ocupación terminó con la liberación de París, en agosto de 1944, la historia, implacable, marcó con destino semejante al comandante y a los parroquianos de la peluquería de Gaspar. El franquismo, ese ensayo fascista español, había transformado a los republicanos en

derrotados, el desembarco en Normandía abatió a los que por años se habían creído vencedores. A diferencia del comandante, los republicanos que se congregaban a planear una resistencia que les anticipaba el regreso a España, a una España liberada de Franco, sufrieron una nueva y definitiva derrota con el final de la ocupación y la Segunda guerra.

La caída del nazismo y del fascismo no dio curso a la debacle de la dictadura de Franco. Si durante la ocupación alemana de Francia numerosos españoles regresaron a su patria, aunque les incomodara el régimen y temieran correr riesgos, la liberación y el fin de la guerra europea motivaron un nuevo éxodo al suelo galo. La realidad había demostrado ser mucho más tozuda que la utopía de la resistencia. El franquismo continuaba vivo. Entonces, como en el invierno de 1939, Francia volvía a ser el destino de quienes habían preferido arriesgarse a regresar a su hogar, y de los que durante los largos años de la guerra habían quedado al sur de los Pirineos, mientras sus familiares vivían refugiados en el país vecino. No eran pocas las mujeres que, como Gregoria, habían visto partir a sus maridos hacia el exilio. Pero muchas de ellas, en la prisa de la huida, habían perdido el rastro de sus hombres. Obligadas a una penosa permanencia en España, tras la liberación, marcharon a Francia con sus hijos en la esperanza de reunir los fragmentos de sus familias.

Para los que habían permanecido durante la guerra, para quienes regresaban, para las familias que se reunían, y para los que, sin razones políticas, escapaban de la pobreza de España, la Francia liberada se imponía como destino.

En España sólo habían quedado dos hermanas de Gaspar. El resto de la familia fue diezmada por la Guerra Civil o muerta por muerte natural. La vida de los Flórez, como la de tantos otros españoles, debía seguir su curso en el exilio. Los ocupantes nazis habían sido desplazados por las tropas norteamericanas. Juan tenía 11 años y residía en la Petite Ferme, una finca enclavada en la Champagne Humide, con su paisaje ondulado, sus inviernos crudos y sus cálidos veranos regados por el Marne. Entre quienes, como Juan, sufren el desarraigo, el hogar se construye en el espacio de la imaginación, las emociones, los afectos, los sentimientos y los sentidos. En el paisaje social de Tancrou quedaron enmarcados numerosos recuerdos del pasado (del hogar), pero ninguno como el emotivo vínculo que todavía lo une a Laura Láinez (¿un amor infantil, acaso?) y está unido al sabor de una naranja.



Juan y su padre en Francia.

“Fue en 1944, cuando ya estaban los yanquis. Yo venía en bicicleta y me paré al lado del tanque, un soldado me hablaba y hablaba pero yo no entendía nada... Finalmente, el hombre me arrebató la bicicleta y se fue. Me preguntaba cómo podía hacer eso un americano; se suponía que ellos eran nuestros amigos y los alemanes los enemigos... Lo que yo no

había entendido era que me pedía prestada la bicicleta para ir a auxiliar a un tanque que se había descompuesto. Entonces, otro soldado me metió adentro del tanque y me llevaron no sé bien adónde, en medio de ese ruido infernal. Cuando salí, me di cuenta de que estaba en un cuartel. Al rato me devolvieron la bicicleta y me regalaron una mochila llena de caramelos, chocolates, chicles y una naranja. Yo nunca había probado una naranja. Me resultaba exquisita y no quería compartirla, pero me encontré con Laura Láinez. A esa chica, que iba conmigo a la escuela, yo realmente la quería mucho. La prueba fue que le convidé. Yo masticaba un gajo y le daba la pulpa a ella. Luego hice lo mismo con los chicles: masticaba uno y se los pasaba a ella. No hace muchos años mi hermano la encontró en Francia, y Laura guarda el mismo recuerdo de aquél día.”

Más allá de una vida de juegos y amigos, Juan, como otros niños de su tiempo, conserva imágenes del trabajo. Los días en los que Enrique y él participaban de las labores con sus padres. La fatigosa siembra “a renglón corrido”, la carpida, el desyuye, la labor de arrancar las pesadas remolachas azucareras del suelo helado de noviembre. En la Petite Ferme, el gallinero y la conejera eran el dominio de Gregoria. El desabastecimiento atraía a los parisinos al campo. Llegaban en bicicleta a buscar gallinas y alimentos, que trocaban por camisas, zapatos y abrigos.

Quizá, el atuendo dominguero que Juan llevaba puesto cuando le tomaron aquella foto en compañía de su padre a la vera de un desconchado muro de piedra había sido cuidadosamente armado con las prendas que Gregoria trocaba por gallinas y huevos. Un pantalón corto, un saco de paño cruzado y prendido a un costado con dos grandes botones, una camisa blanca y, apenas asomando, un chaleco de lana. Los pies embutidos en unas medias largas y gruesas cuyo toscó hilado producía comezón. Y atados con ásperos cordones, unos botines cuya suela de madera se adhería con tachuelas al cuero que no se podía lustrar porque si escaseaba la comida, ¿cómo iba a abundar el betún?

Aquella vida infantil, cuyo espacio radicaba en la carencia, en ese punto equidistante entre el deseo y la satisfacción, fue golpeada con una nueva pérdida: la muerte de Gaspar, que entonces tenía 51 años. Juan vivió su primer desgarró cuando al salir de España su perro de peluche quedó olvidado en el largo camino que ascendía y descendía los Pirineos. ¿Acaso aquél fue un dolor dulce? ¿Hay dolores dulces y dolores amargos? Desde el recuerdo adulto, o desde la mirada de quien vuel-

ve a narrar las historias de los protagonistas de este libro, no podemos dilucidar la dimensión de la pena en la infancia. En diciembre de 1946 Juan volvió a atravesar el umbral hacia una ausencia irreparable. Como en enero de 1939, el anuncio silencioso de la nieve dio forma al triste escenario en el que un niño enfrenta a la muerte de quien le dio la vida.

Una enfermedad larga y penosa se había adueñado en los años de la guerra del cuerpo y el semblante de Gaspar. Los rasgos se le habían endurecido, la cara se volvió más afilada, el porte curvado por la delgadez y el agobio del dolor. En la soledad del hospital de Maux, su vida se extinguió tres días antes de la Navidad. Cuando pasaron las fiestas, el cuerpo fue sepultado. Los enigmas de la memoria han velado los detalles de aquella jornada. Los recuerdos a veces no son más que manchas borrosas y rastros, y otras veces se presentan con tanta fuerza y claridad que los sentimientos sumergidos durante años salen a flote con un ímpetu que los transforma en llanto. En la memoria de Juan figuran como los dos episodios más desgarradores de su infancia la muerte de su padre y la desaparición de su perro de peluche.

Con el final de la guerra y el fallecimiento de Gaspar, la vida cotidiana se precipitó y cambió su curso. El dueño de la finca cayó enfermo, y su yerno, que se hizo cargo de la administración, no estaba dispuesto a mantener empleada a una viuda con familia. Gregoria debía marcharse. Para ese entonces Enrique ya era un adulto. Heredero de la convicción ideológica de su padre e inmerso en las organizaciones anarquistas en las que militaban miles de los españoles anclados en el exilio francés, sus contactos políticos y su familiaridad con las prácticas clandestinas le habían servido para conseguir documentos falsos. Así, en 1944 logró salir de Tancrou para mudarse a París y trabajar en la fábrica Renault. Entonces tenía 22 años, una esposa española y un hijo de 2 años. En 1947 París era el único destino posible para Juan y su madre, habiéndose visto forzados a abandonar la Petite Ferme.

El último año y medio en Francia transcurrió en una sombría habitación de hotel. Gregoria se ganaba la vida cosiendo, y Juan intentaba malamente seguir siendo el alumno destacado que había sido en Tancrou. La difícil adaptación a París, el albor de la adolescencia y el lastre de una infancia truncada, interpusieron una barrera al progreso en sus estudios. La gloria efímera de una beca que le había permitido cursar el último año de la escuela primaria en una pequeña ciudad a

tres kilómetros de la finca había quedado en el pasado. Que hubiera un aula o un profesor para cada curso fue toda una novedad para el niño habituado a la escuela de una sola sala y un único maestro. La intimidación de un mundo que congregaba alumnos de varias nacionalidades fue sustituida por un colegio en el que Juan sortearía una dura prueba. Allí él era el único extranjero, y por primera vez sintió el peso del chauvinismo y el desprecio por los exiliados.²

Cansado de las burlas y el desdén de uno de sus compañeros de curso, Juan acumuló rencor y rumió durante semanas una salida para escapar del agravio: “Llegué a pensar en matarlo. Me hostigaba con sus insultos. Me decía ‘extranjero de mierda, ¿por qué no te vas de Francia?’. Y no era el único que pensaba o hablaba así, eran muchos los franceses xenófobos”.

“No sólo pensé en matarlo. Un día lo intenté. Cuando empezó a insistir con sus insultos, lo agarré del pescuezo para estrangularlo. Ya estaba casi con los ojos al revés cuando nos separaron. Entonces, fui al aula a buscar mis cosas y me subí en la bicicleta para irme de la escuela, porque sabía que iban a expulsarme. Pero el director me llamó, y aunque tuve mi sermón de reprimenda, no fue a mí al que echó del colegio sino a mi compañero.”

Allí terminó la educación formal de Juan. En París, una discontinua concurrencia a la escuela se combinó con la búsqueda de un destino que los refugiase en ultramar. Como tantos otros compatriotas, Juan y su madre, vivían una situación precaria. Mientras se ocupaban de pequeños oficios o de pesados trabajos no especializados a cambio de ingresos magros, sumidos en la inestabilidad laboral, vivían temerosos de caer enfermos y no poder hacer frente a los cuidados médicos por falta de dinero. Si en el campo el acceso a la comida y a la educación de los niños podía resultar relativamente sencillo, la precariedad del exilio empeoraba en una gran ciudad como París. Una madre viuda, un hijo adolescente y otro que a duras penas podía mantener a su familia haciendo equilibrio entre el trabajo y la militancia política: quedaba claro que el horizonte francés se cerraba para los Flórez.

Un largo año de gestiones culminó con el cambio de destino desde Australia (donde la madre y el hermano de Juan querían emigrar) a la Argentina peronista. Un permiso de trabajo gestionado por una tía de Gregoria que llevaba largo tiempo radicada en Pilar, en la provincia de